

MINIATURAS HAGIOGRÁFICAS  
NOVOHISPANAS:  
*EL MENOLOGIO "FEMENINO",*  
DE AGUSTÍN DE VETANCURT

Los textos hagiográficos novohispanos cumplen a la perfección el mandato horaciano del *dulce et utile*: entretienen al lector con las enrarecidas, y a veces fantásticas peripecias que experimenta el personaje, al tiempo que motivan, en él, la edificante experiencia de buscar una identificación mimética con las virtudes del "santo" en cuestión. Cumplen pues, largamente, con la catártica identificación del héroe de ficción, quien realiza una serie de hazañas previstas dentro de cualquier género literario, a la par que "edifican" y construyen moral y doctrinalmente al lector, quien se extasía con sus arrobos, levitaciones, luchas contra el demonio y demás empresas escatológicas.

Es sabido que durante los siglos xvii y xviii es muy abundante la literatura hagiográfica en la Nueva España. Ésta —como ya se ha señalado— reemplaza en buena medida entre el público lector a la novela, de producción muy escasa en la Colonia. Por otra parte, la escritura de *Vidas* no sólo resalta la santidad como el máximo ideal trascendente del cristiano, sino que afirma los rasgos geográficos de tierra de promisión, de auténtico Paraíso que la Nueva España posee para sus habitantes. Así, aunque el o la heroína de santidad no sean originarios de esta tierra, es en ella donde realizan sus proyecto de elección. Es así como se cumple el de-

signio providencialista de sembrar el cristianismo y de recoger la cosecha abundante del fruto de santidad plantado por el aparicionismo guadalupano. El criollo sublima de esta manera los rasgos de identidad señalados inicialmente en una geografía terrena: la abundancia y generosidad de la tierra; la riqueza excepcional de los metales preciosos; la opulenta belleza de sus ciudades; la generosidad también paradisíaca de su clima. Todos estos rasgos de naturaleza y de cultura se subliman en la literatura hagiográfica novohispana.

En este trabajo quisiéramos realizar algunos textos que, a la manera de las miniaturas pictóricas, registran los rasgos esenciales de un retrato hagiográfico. Nos referiremos específicamente a las breves biografías de religiosas seráficas incluidas en el *Menologio Franciscano*, de Agustín de Vetancurt. Según el *Diccionario de Autoridades*, Menologio es "El Martirologio o Calendario de los griegos dividido por cada mes del año. Es voz Griega, que significa Mes y discurso" (Auts., II, p. 542).

Uno de los autores capitales sobre el discurso histórico, Michel de Certau, resalta la importancia de estos textos dentro de las compilaciones biográficas ejemplares. El investigador francés ya había captado asimismo la función no sólo edificante, sino esencialmente "dulce", es decir festiva, que debe contener el texto hagiográfico. De todo ello y más aún se nutre como escritor el franciscano Agustín de Vetancurt (¿1620?-1700).

Estos peculiares santorales, de santos no oficialmente canonizados, pero considerados como tales por la fe popular y por la devoción crédula de sus fieles, son frecuentes en la Nueva España, como modalidad calendarica. Se registran, como en el santoral oficial, el día de la muerte del o de la religiosa y después se narra brevemente la vida del protagonista, resaltando los rasgos genéricos que los designan como héroes o heroínas, tanto de santidad como de relato literario. El célebre contemporáneo de Vetancurt, el jesuita Francisco

de Florencia, el gran escritor mariano de su tiempo, redacta el *Menologio Jesuita*, que recoge las biografías de los varones ejemplares de la Compañía, quienes en la misión, la enseñanza o el estudio, trascendieron para la posteridad. No obstante, la exclusividad masculina del Instituto de Loyola da un carácter demasiado racional e incluso austero al *Menologio* de Florencia. No ocurre lo mismo con Vetancurt, hijo de la Provincia del Santo Evangelio de México, nombre que rememora la primitiva predicación de la palabra de Cristo en el Nuevo Mundo.

Ante la presencia de los religiosos franciscanos, y como complemento del modelo que integra la presencia masculina con la femenina, como necesario trasunto de la Sagrada Familia, el primer prelado de México, Fray Juan de Zumárraga, determina la venida de las religiosas de regla franciscana. Es así como surgirán conventos de concepcionistas, capuchinas y claristas. Al respecto señala lo siguiente Vetancurt:

el fundar casas de Virgines, palacio para sus Esposas dedicadas a Christo, como centro de la virginidad, y espejo de modestia fue siempre á sus divinos ojos admirable, que en cada Esposa que en un Covento se encierra le ponen a Dios una corona, gloriándose de que por su amor haga una mujer hazaña tan heroica.

En estas palabras se cifra la esencia de la vida monástica femenina y la guarda de dos de los votos que significan a una profesa: la castidad y la clausura.

La brevedad y condensación narrativa del *Menologio* de Vetancurt se ciñe al modelo hagiográfico de concentrar en un breve texto los lineamientos tanto discursivos como ideológicos del género. El escritor franciscano lo que hace en estas cortas narraciones es dar al lector los rasgos protagónicos reiterativos que componen un discurso hagiográfico. La coincidencia de los atributos entre una monja y otra son un claro indicio de cómo se

sigue un patrón genérico. Certau señala acertadamente: "La individualidad, en la hagiografía cuenta menos que el personaje" (p. 263). Es claro que a lo que se refiere el investigador es a la serie de constantes que conforman un modelo protagónico de santidad. Lo más importante para el escritor hagiográfico es resaltar a las virtudes, más que al individuo. El héroe de santidad es un personaje que se pliega a las acciones modélicas que lo significan. Es por ello que las virtudes de las monjas se cristalizan primeramente en el puntual cumplimiento de los cuatro votos hechos el día en que la novicia se convierte en Esposa de Cristo.

Al igual que en las novelas, en la narración hagiográfica se relata la historia de una vida. En sus pequeñas biografías —como ocurre con los autores de novela— Vetancurt ciñe a sus personajes a una serie de acciones que conforman los rasgos genéricos de la escritura. Lo primero que refiere es el lugar en donde la protagonista nació, y deja asentados los nombres de sus padres. Esta característica es importante porque se resalta el linaje y la legitimidad del personaje.

El espacio geográfico, como decíamos anteriormente, se sublima en un ámbito sagrado, marcado por la preferencia divina. Es por ello que en cada texto, por más breve que éste sea, el espacio geográfico se sublima en ámbito sagrado de elección. Con la genealogía de cada personaje se clarifica su origen social y su linaje. No obstante, la carga de significado recae en el cumplimiento de las acciones que significan a la protagonista como "dechado de perfecciones", es decir, como modelo a imitar.

Vetancurt, en la bien estructurada brevedad de sus biografías, resalta los elementos esenciales del perfecto cumplimiento del estado, como lo percibimos en la V. M. Agustina de San Ambrosio, paradigma de casi todas las demás "por su prudencia, humildad y virtudes, la

que mas resplandecio fue la caridad y el zelo de la observancia religiosa" (p. 13).

La observancia encierra las obligaciones primordiales de la vida del claustro, como son la guarda de las horas canónicas y de los servicios del coro; la adaptación gozosa y convencida al rígido y codificado horario que marca la existencia cotidiana de una religiosa y que tanto se asemeja a la vida castrense o carcelaria. Dentro del esquema de austeridad y de sumisión del cuerpo es esencial su anulación por medio de "la oración continua y en penitencias y ayunos constantes" (p. 26). De ahí que el modelo de observancia sea la V. M. Elvira de la Ascensión, quien "fue en mansedumbre y humildad excelente, en los ayunos y mortificaciones reducida la carne a la sujeción del espíritu y en la oración se ocupaba lo más de la noche" (p. 122).

Sin embargo, los rasgos más atractivos y novelescos para el lector no son las mortificaciones corporales ni la severa observancia de la regla, los votos o la cumplida disciplina de la oración, sino aquellos episodios en los que los límites entre lo real y lo sobrenatural parecen disolverse. En una sociedad en la que la vida se vive en función de la trascendencia, es plenamente explicable que el prodigio se sustente en una fe colectiva surgida de una cultura de evidentes y profundos signos religiosos. De ahí que los éxtasis, las levitaciones, los sucesos extraordinarios, la capacidad de las religiosas para ejercer el don de profecía o de lenguas, sea rica sustancia narrativa para el lector contemporáneo, ávido de constatar la acción de la Divinidad en sus elegidas. Tomemos como ejemplo a la V. M. Luisa de Santa Catalina, quien afligida por una severa inundación que padecía la ciudad de México:

pidió a su Esposo le inundase el cuerpo, para hazer merito de aquella inundación y pedir librase a la ciudad de aquel trabajo, y al punto amaneció tan inundada, que juzgando

los Medicos ser hidropesia consumada... llegose el tiempo, desecarse México y con un sudor copioso quedó como antes seca y de la inundación al mismo tiempo libre (p. 4).

También es prodigioso lo que le ocurre a aquella religiosa que al profesar, "fue tan vehemente el servir, que arrebatada en extasis le vieron en los alto levantada todos (los) circunstantes dando a Dios gracias en sus maravillas. No ay duda sino que fue extraordinaria providencia la que mostró Dios en estas señales exteriores" (p. 64).

Muy del gusto y efectismo del Barroco es lo que se relata de la V. M. Geronima de San Juan: "fue muy contemplativa en especial de la Passion de Christo á que añadía varias penitencias, disciplinabasse con tanto rigor, que regaba con su sangre copiosamente la tierra acompañando con lagrimas que se transformaban en perlas" (p. 13). Para el fiel de la época, pasajes como éste despertaban su deseo de hacer penitencia, aunque seguramente no a límites tan extremos como los experimentados por la religiosa.

Es indudable que el prodigio más logrado que puede realizar un ser predestinado a la santidad es la acción más allá de la muerte. Sabemos, incluso, que para lograr llevar adelante un proceso de canonización, es necesario que los devotos del o la difunta, patenten sus favores en aquellas acciones que identificamos como milagros.

Para concluir este breve ensayo, quisiera referirme a un acto prodigioso obrado por la V. M. Isabel de San Diego, dos años después de muerta y ante la necesidad material de sus religiosas:

dixo una de ellas dicen que San Diego el de Alcalá despues de muerto dio pan a sus pobres; assi pudiera nuestra Madre San Diego despues de muerta darnos algun pan del que nos daba en vida; no avia acabado la Religiosa de decir las palabras, quando le avisaron que le buscaban en el

torno, donde hallaron pan que sobró para todas, y en el canto de la servilleta una cedula de letra y firma de la difunta M. que oy se guarda para testimonio de la maravilla (p. 9).

Con estas palabras de Vetancurt, más elocuentes que cualquier comentario, concluimos este también análisis en miniatura de una obra que revela a la perfección el gusto por un género de gran popularidad en su contexto. La hagiografía, como decíamos al inicio, despertaba en el lector el interés por lo novelesco del héroe de santidad, y al mismo tiempo lo arrobaba en la vivencia de experimentar el prodigio en la vida eterna.

MARÍA DOLORES BRAVO ARRIAGA

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- BRAVO ARRIAGA, MARÍA DOLORES, "Signos religiosos y géneros literarios en el discurso de poder", en *Sor Juana y su mundo*, México, Universidad del Claustro de Sor Juana, FCE, Grupo Carso, 1995.
- CERTAU, MICHEL DE, "Una variante: la edificación hagiográfica", en *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- GLANTZ, MARGO, "La destrucción del cuerpo y la edificación del sermón. La razón de la fábrica: Un ensayo de aproximación al mundo de Sor Juana", en *Borriones y borradores*, México, UNAM, Ediciones El Equilibrista, 1992.
- La ciudad de México en el siglo xvii (1690-1780). Tres crónicas. Agustín de Vetancurt, Juan Manuel de San Vicente, Juan de Viera.* Prólogo de Antonio Rubial, México, Conaculta, 1990.
- VETANCURT, AGUSTÍN DE, *Menologio Franciscano de los varones mas señalados,...*, México, Editorial Porrúa, 1982. (Edición facsimilar).